

cena, le quito casi siempre el recurso de la duda; porque debe hablar afirmativamente, puesto que no cuenta sino lo que ha visto ó oído á personas instruidas. Aun hay mas. En la época que he escogido se habia escrito tanto sobre la historia y sobre las ciencias, que el viagero no debia limitarse á enseñarnos lo que podia presumir que podiamos saber ya. Estas dificultades se presentaban siempre á mis ojos, y así he procurado, cuando no he podido vencerlas, desembarazarme de ellas, ya con confesiones que debilitan su peso, ya con sacrificios que las alejan absolutamente.

En el capítulo I<sup>o</sup> observa Anacarsis, que no ordenó la relacion de su viage hasta su vuelta á Escítia, y añade: « quizá sería mas exacto, si el bajel en que yo « habia hécho embarcar mis libros, no hubiera pe- « recido en el Ponto Euxino. » De donde se sigue, que en la revision de su obra, no podia extender ó verificar ciertos artículos, de los cuales no conservaba mas que una ligera memoria, estando privado de los mismos recursos que nosotros.

En el capítulo xx hubiera él querido señalar el precio fijo de los comestibles, y por consiguiente el de las diferentes propiedades de los Atenienses: no pudiendo hacerlo, dice que habia tomado una nota exac-

ta del valor de los primeros; pero que habiéndosele perdido, solamente se acordaba que el trigo valia por lo comun á cinco dracmas la medimna, un buey de primera calidad cerca de ochenta dracmas, ó setenta y dos libras, etc.

En el capítulo XLVI refiere la ley de Licurgo, que establecia entre los ciudadanos la igualdad de haciendas. Siguiendo el curso ordinario de las cosas, no podia esta ley subsistir largo tiempo, porque ¿qué precauciones contaba tomar Licurgo para asegurar su duracion? La cuestion era muy importante, y por falta de monumentos no estamos ya en estado de resolverla. Hago pues decir á Anacarsis: « mientras yo esta « ba en Esparta, el orden de las haciendas habia si- « do desarreglado por un decreto del eforo Epitades, « que queria vengarse de su hijo, y como no tuve cui- « dado de instruirme de su estado antiguo, no podré « descubrir las miras del legislador, sino subiendo á « sus principios. » Aquí vienen algunas reflexiones, que mi viagero propone como simples conjeturas.

Cuando no me han bastado estas modificaciones, he guardado silencio, tanto sobre los usos que no estaban atestiguados, sino por algun escritor muy posterior al siglo en que yo supongo á Anacarsis, cuanto

sobre los hechos que, á pesar de mis esfuerzos, me dejaban todavía incertidumbres. Algunas personas han tenido estos sacrificios por otras tantas omisiones y descuidos, y se me ha preguntado que por qué no me he explicado sobre ciertos asuntos; porque v. g. no hacer mencion de la pretendida ley de los Creteneses, que permitia la insurreccion del pueblo cuando se creia oprimido. Montesquieu la citó citando á Aristóteles, pero Montesquieu se engañó, Aristóteles habla efectivamente de esta insurreccion; pero como de un abuso, que de ningun modo estaba autorizado por las leyes. En general, era importante para mí discutirlo todo, y mas todavía el no decidir siempre.

2º. Yo tenia que temer otro inconveniente, y es el juicio de una clase de literatos muy estimables; pero muy descontentadizos. No podia trasportar mi Anacarsis á Delos, á Tempé, ni ponerle en medio de las fiestas de la Grecia, sin hacerle sensible á la belleza de estos espectáculos. No podia emplear el diálogo tan acomodado para evitar la monotonía de estilo, sin hacer tratar á mi viagero con los hombres grandes que vivian entonces, y aun con algunos personajes desconocidos, que podian darle luces. De aquí es, que mi escita es instruido en la literatura griega por un ate-

niense llamado Euclides; en los diversos sistemas sobre las causas primeras por el gran sacerdote de Ceres, y sobre la doctrina de Pitágoras por un pitagórico que halla en Samos, patria de este filósofo.

Pausanias refirió muy por extenso los sucesos de las tres guerras de Mesenia, las cuales son tan instructivas, que no me era lícito omitirlas, y tan sabidas, que para darlas mas importancia he recogido en tres elegias sus circunstancias principales. Me he creido tanto mas autorizado á tomar este partido, cuanto que Pausanias sacó casi todos sus materiales de los poemas de Tirteo y de Riano, que habian contado estas guerras tan célebres. Al mismo tiempo advierto al lector en una de las notas sobre el capítulo XL, la libertad que me habia tomado.

Entre los literatos pues, de quienes hablo, hay algunos, que acostumbrados á discusiones áridas y rigurosas, no debian perdonarme el haberme atrevido á mezclar en mis relaciones imágenes que las dan mas viveza. Sucedió lo que yo habia previsto. Muchos de ellos llaman á mi obra romance, y casi me la han imputado á crimen. Otros, menos severos, han tenido la buena fe de distinguir el fondo de la forma. El fondo les ha presentado una exactitud suficientemente

atestiguada, á mi ver, por la multitud de citas que acompañan á la relacion. En cuanto á la forma, hubieran debido echar de ver, que los adornos con que yo intento algunas veces engalanar mi asunto, eran muy conformes al espíritu de los Griegos, y que las ficciones sabiamente manejadas, pueden ser tan útiles á la historia, quanto lo son á la verdad.

No hablo de algunas críticas ligeras que he hallado en los papeles periódicos. Uno me reprende el no haber ilustrado el origen de las fábulas, sin duda no sabía él que críticos muy hábiles habian intentado en vano descubrir este origen, y que es de presumir que siempre estará oculto. Otro hubiera deseado que yo hubiese dado la historia circunstanciada de los Atenien- ses, en cuanto á los siglos anteriores á Solon; pero esta historia no se halla en los autores antiguos, y yo debí ceñirme á recoger el pequeño número de hechos, cuya memoria nos han conservado. Ultimamente, un sabio ingles, en una coleccion de disertaciones críticas, despues de atacar la autenticidad de una inscripcion griega que M. Fourmont habia traído de su viage á Levante, y que yo intenté explicar, creyó deber dar su voto sobre el *Viage de Anacarsis*, el cual le parece agradable, pero superficial.

Nada hay mas embarazoso para un autor, que estas acusaciones vagas tan fáciles de hacer, como difíciles de rechazar; porque no tienen objeto determinado. Me contentaré con decir, que de ningun asunto he tratado, sin meditarle mucho tiempo antes: sin haber confrontado, en cuanto á las contradicciones que presentaba, los testimonios de los autores antiguos, y las opiniones y comentarios de los criticos modernos; y sin dar, cuando era preciso, el resultado que á mí me parecia mas próximo á la verdad. He ocultado mi trabajo, para hacerle mas util. He renunciado al mérito, si le hay, de ostentar en el texto una grande erudicion. Cuando algunos puntos me han parecido tan importantes, que exigen discusiones, los he examinado en las notas puestas al fin de cada tomo\*. Todas estas notas me han parecido necesarias, y hay algunas que me parece no son acreedoras á la censura de superficiales.

He querido mas ser exacto, que parecer profundo: suprimir ciertos hechos, que el no establecerlos mas que sobre conjeturas: dispensarme de subir á buscar las causas, siempre que mis averiguaciones y las de

\* En la presente edicion se han puesto estas notas al pie de la página correspondiente. (N. D. E.)

los críticos mas hábiles no servian sino para oscurecerlas: poner al lector en disposicion de hacer reflexiones, mas bien que aventurarlas yo mismo. Muchas veces me han causado admiracion los filósofos, que siguiendo sus conocimientos particulares, nos han dado observaciones sobre el genio, caracter y política de los Griegos y Romanos: es preciso que cada autor siga su plan; no entraba en el mio enviar un viagero á Grecia, para llevar allá mis pensamientos, sino para traernos en lo posible los de los Griegos. En lo demas, si me he engañado acerca de algunos puntos, y si mi obra tiene defectos, no me avergonzaré. No se puede exigir de mí mas entendimiento que el que me dió naturaleza. Solamente siento, despues de haber empleado treinta años en ella, el no haberla empezado diez años antes, y no haberla concluido diez años despues.

Luego que estuvo acabada, dudé mucho tiempo sobre su destino. La hubiera dejado manuscrita, si considerando la multitud de citas, notas, y tablas, no me hubiera convencido de que solo el autor podia dirigir la impresion. Esta se concluyó en diciembre de 1788, y algunos amigos me aconsejaban que la reservase hasta el fin de los Estados generales que se aca-

aban de convocar, y que agitaban ya los ánimos de todos; pero en lugar de persuadirme sus razones, me movieron á publicarla cuanto antes. Quería yo que se introdujese silenciosamente entre la gente: si, á pesar de las circunstancias, se llevaba alguna atencion, me lisonjearia mas; y si su caida era pronta y rápida, preparaba una excusa á mi amor propio.

El éxito excedió á mi esperanza. El público la recibió con suma bondad, y los diarios franceses y extrangeros hablaron de ella con elogio. Salió entre otros un extracto muy circunstanciado en un diario ingles, intitulado *Monthly review, or literary journal*, vol. 81. Los autores me tratan en él de una manera que les da derechos á mi agradecimiento; pero terminan con una reflexion, que pide de mi parte alguna explicacion. Es muy posible dicen, que el plan de esta obra se haya formado sobre el de las *Cartas Atenienses*.

Estas fueron compuestas en los años de 1739 y 1740, por una junta de amigos que acababan su carrera de estudios en la universidad de Cambridge. Las imprimieron en 8º el año de 1744, y no tiraron mas que doce ejemplares. En la segunda edicion, hecha en 1784 en 4º, tiraron mayor número. Estas dos ediciones no han servido nunca mas que para el uso de sus autores;

y esto es puntualmente lo que hace decir á los diaristas ingleses, que hablando con propiedad, estas *Cartas Aticas* no se han publicado jamas; pero como añaden que habian sido comunicadas á muchas personas, se podria creer que se me habia descubierto á mí el secreto; y esta sospecha tomaria nueva fuerza, si se atendiese á que estas dos obras parecen ser la una continuacion de la otra.

Las dos ponen en la Grecia, y en épocas muy inmediatas, un testigo ocupado en recoger cuanto le pareciese digno de atencion. En las *Cartas Aticas*, Cleandro, agente del rey de Persia, residente en Atenas, durante la guerra del Peloponeso, mantiene una correspondencia seguida con los ministros de este príncipe, y con diversos particulares. Les da cuenta de los acontecimientos de esta guerra, y de las divisiones que reinaban entre los pueblos de Grecia. Describe sus fuerzas de mar y tierra: disciplina militar, política, gobierno, leyes, costumbres, fiestas, monumentos; nada omite el observador profundo. Trata con Fidas, Aspasia, Alcibiades, Sócrates, Cleon y Tucídides: se instruye de la filosofía de los Griegos, ya con Esmérdis, que reside en Persia, y que en sus respuestas le habla de la filosofía de los magos, ya con Orsoman,

que viaja por Egipto, y que en las suyas le relaciona las leyes y las antigüedades de aquel país. De este modo se ven felizmente reunidos los pasages principales de la historia de los Griegos, de los Persas y de los Egipcios; y estos pasages tomados de los autores antiguos, dan motivo á paralelos tan instructivos como importantes. A esta bella disposicion corresponde una ejecucion perfecta.

Si yo hubiera tenido presente este modelo, ó no hubiera dado principio á mi obra, ó no la hubiera acabado. Esto es lo que protesté á uno de mis amigos residente en Londres, M. Dutens, miembro de la sociedad real, socio extranjero de la academia de bellas letras, conocido por muchas obras bien escritas. Comunicó mi carta á los autores del *Monthly review* quienes tuvieron la bondad de insertar una parte en uno de sus diarios (Abril 1790, pág. 477.)

En este intervalo habia recibido yo de Inglaterra un soberbio ejemplar en 4º de las *Cartas Aticas*, á cuya frente hallé esta nota manuscrita:

« Milor Dover, de la familia de York, se aprovecha  
« con sumo gusto de la ocasion que se le presenta de  
« ofrecer por medio de Barthelemy, ministro plenipo-

« tenciario de su magestad cristianísima en la corte de  
 » Londres, á M. el abate Barthelemy, su tio, el homena-  
 « ge tan justamente debido al sabio y elegante autor del  
 « *Viage del joven Anacarsis á Grecia*, haciendo llegar  
 « á sus manos el volumen adjunto de las *Cartas Aticas*.

« El origen de esta produccion se explica en el se-  
 « gundo prefacio que precede á la obra. Las cartas  
 « firmadas con P. son de Felipe York, conde de Hard-  
 « wisck, hijo primogénito del gran canceller de este  
 « nombre: las firmadas con C. son de su hermano  
 « M. Carlos York, que tambien ha llegado al impor-  
 « tante empleo de gran canceller; pero que murió muy  
 « pronto para su familia y su patria. Las demas cartas  
 « fueron escritas por sus amigos, ó por sus parientes

« Al suplicar á M. el abate Barthelemy, que acepte  
 « este pequeño presente literario, no se ha tenido la  
 « presuncion de comparar esta obra con el encantador  
 « *Viage de Anacarsis*, sino únicamente el dar á su  
 « ilustre autor un testimonio de estimacion, y notar  
 « cuanto le ha lisonjeado hallar que una idea que hace  
 « cincuenta años tuvo aquí su origen, haya sido per-  
 « feccionada largo tiempo despues con tanta elegancia,  
 « y sin comunicacion alguna, por un autor digno del  
 « asunto. »

*Firmado, DOVER.*

Londres, 21 de Diciembre de 1789.

He copiado la nota lisonjera para mí de milor Do-  
 ver, cediendo á los impulsos de mi amor propio; pero  
 tambien hago de él un sacrificio, deseando que las  
*Cartas Aticas* se traduzcan en frances.

De los Editores.

FIN DE LAS MEMORIAS.

Las Cartas Aticas han sido traducidas en  
 el idioma de Barthelemy, y publicadas en Lon-  
 dres con este titulo: Athenian Letters, or the Greek  
 Correspondence of an Agent of the King of Per-  
 sia, residing at Athens during the Peloponnesian War.  
 A new edition in two volumes, illustrated with en-  
 gravings, and a map of ancient Greece. London 1788.  
 El socio distinguido del Instituto nacional, el cin-